

EL METODO DIALECTICO (Esbozo general)

Dr. Arnoldo Mora Rodríguez

Las presentes notas pretenden ser tan sólo una primera aproximación a una concepción general del pensamiento dialéctico. Entendidas así, debemos tener la precaución de interpretar correctamente el contenido de los conceptos y su alcance. Hemos de advertir que para el pensamiento dialéctico, método y contenido son inseparables. Concebir un método en sí, en abstracto, trátase de una formalización, o de una metodología para todas las ciencias ("mathesis universalis") o pártase del postulado epistemológico según el cual cada ciencia debe tener su propio método, debido a que éste se da en función de su objeto particular (fenomenología husserliana), equivale y adopta una posición idealista o mecanicista.

En todos los casos, insistimos, el método es inseparable de su contenido, ya que la dialecticidad es una propiedad de lo real y no solo una regla del recto pensar. El método no es más que la autoexplicación de la dinámica intrínseca de los fenómenos reales y no una logicidad formal sobreadañada a los mismos. La razón y lo real no poseen naturaleza intrínsecamente diferentes, sino tan solo niveles de calidad, unidos por un mismo principio universal: la praxis. Esto nos permite dar desde ya una definición de la dialéctica: es la autoexplicación de la logicidad misma de la praxis humana. Tal concepción de la dialéctica se inspira en los principios epistemológicos establecidos por Marx y Engels en la polémica antiidealista y en las tesis sobre Feuerbach. Logos de la praxis, la dialéctica así concebida establece el quiebre epistemológico más importante de la historia de la ciencia a partir de los griegos, pues por primera vez se establece que el pensamiento no es primero ni posee prioridad absoluta, sino que está subordinado epistemológica e, incluso, de modo general, cronológicamente, a la praxis. Esta nos aparece, de este modo, como el verdadero principio absoluto y punto de partida primero y universal del saber, pues es la expresión objetivada de la esencia o naturaleza humana, como dice Marx en los Manuscritos de 1844.

1. La praxis: punto de partida

Establecer la praxis como principio absoluto, pues es la realización misma de la naturaleza humana, nos obliga a dar una definición de la misma, a redefinir en función de ella la filosofía y el pensamiento en general, lo mismo que a dar el contexto histórico de su mutua relación. La praxis no es más que la dinamicidad de lo real, o mejor aún, lo real mismo en cuanto es dinamicidad en lo que de específicamente humano tiene. La praxis humana, por ende, no se puede concebir independientemente de una materia entendida como energía en proceso constante de evolución, aun

cuando afirmar lo anterior no implica negar la especificidad de lo humano — sobre lo cual nos entretendremos más ampliamente luego — sino darle su marco real. Dicho en otras palabras, el materialismo dialéctico funda lógica y ontológicamente al histórico, aun cuando epistemológicamente, e, incluso, cronológicamente, haya sido a la inversa. Con estas afirmaciones dejamos sentada nuestra posición crítica respecto de la concepción dialéctica y del marxismo en general que hace Sartre en la última fase de su pensamiento, especialmente en su obra *Crítica de la razón dialéctica*. Al sostener el materialismo histórico negando el materialismo dialéctico, Sartre funda un humanismo idealista, tan noble en sus ideales como imposible en su realización práctica. Otro tanto, pero a la inversa, podríamos decir de la interpretación estructuralista que del marxismo hace Althusser.

Epistemológicamente neopositivista, Althusser. incurre en el error idealista de una formulación formal que separa el método de su contexto de praxis, desdialectizando así el pensamiento de Marx.

Lo específico de la praxis humana estriba en que ésta es la expresión de la relación dialéctica del hombre con la naturaleza, que determina la relación igualmente dialéctica del hombre consigo mismo, tanto a nivel individual como colectivo e intersubjetivo. En su primer aspecto — relación dialéctica del hombre con la naturaleza — la praxis se suele llamar “trabajo”. Esta praxis expresa la actividad elemental que afirma, al negar, la naturaleza, dado que solo de esta forma el hombre obtiene su subsistencia. Tal es el principio general, cuyo determinismo absoluto se funda en la ley fundamental de todo ser viviente — la ley de la sobrevivencia — y que Espinosa en su primer axioma de la *Ética* lleva a principio metafísico, como base racional de la ley mecánica de la inercia. La necesidad de sobrevivencia lleva al hombre a organizarse en sociedad, o dicho en palabras de Marx en sus *Manuscritos de 1844*, a darse “estructuras sociales objetivas” que, a manera de estrategias de sobrevivencia, le permiten al hombre garantizar su vida organizándola económicamente, es decir, tomando en cuenta no el carácter limitado (“rareza o carestía” de que hablan los teóricos de la economía burguesa) sino el carácter finito de la acción o praxis humana. Esta, por ende, desde un principio nos aparece como siendo colectiva, o más exactamente, como expresando la acción humana como un proyecto histórico de liberación, como diría Fichte, quien fue el primero en ver en ello el principio universal de racionalidad de la historia humana.

Las consecuencias epistemológicas que de una tal concepción se desprenden, son enormes. Siendo la praxis principio absoluto, el pensamiento será su expresión y no podrá salirse de la misma so pena de incurrir en el error lógico de la extrapolación, es decir, de la inducción insuficiente que consiste en afirmar como universal lo que es particular, o como absoluto lo que es relativo a la experiencia siempre concreta. El pensamiento es, pues, funcional, como ya lo estableció la crítica kantiana, no posee un valor en sí sino en la medida en que procede de la praxis y a ella se dirige. Su función es crítica, pues el pensamiento no inventa la realidad, sino tan solo la explicita a la luz de la praxis colectiva de un momento dado de la historia humana, contribuyendo así al proceso de humanización que la praxis opera en la naturaleza y, de rebote, en el hombre. El criterio último de verdad no está en el pensamiento sino en la praxis de una sociedad dada. El pensamiento es el texto, la praxis el contexto; ésta exige a aquél como su correlato dialéctico a manera de conciencia lúcida. Otra consecuencia que de aquí se desprende es el carácter necesariamente finito del saber humano. El pensamiento dialéctico es una filosofía de la finitud con todas sus consecuencias antropológicas (finitud de la acción humana en todas sus facetas) y epistemológicas. Es sobre estas

últimas que quiero detenerme. Expresión consciente de la praxis, el pensamiento no puede rebasarla so pena de sumergirse en el vacío y, por ende, en la esterilidad. No podrá tampoco establecer principios absolutos, dada la finitud de la realidad que domina. Esta, sin embargo, no será absurda o irracional, sino desconocida o ignorada. Ta es el alcance del principio hegeliano de que "Todo lo real es racional y todo lo racional es real". Pero tal es igualmente el error de Hegel al pretender establecer en absoluto el pensamiento, fetichizando así la autoconciencia. En la fundamentación de las ciencias humanas — la gran aportación del s. XIX a la historia de la ciencia — y cuyo punto de partida es su propio pensamiento, Hegel incurre en el mismo error que en la fundamentación de las ciencias naturales, concretamente la que en lo sucesivo será la ciencia por excelencia, o reina de las ciencias, la física, incurriera en el s. XVII Newton, con el principio de la gravitación que expresa la primera ley universal de las recién descubiertas ciencias físico—matemáticas. En su *Philosophia naturalis*, Newton convierte en metafísica su física al convertir una hipótesis física (la necesidad de un marco de referencia espacio—temporal para la formulación de las leyes de la mecánica) en un Espacio y Tiempo Absolutos, atributos divinos ("sensorium Dei"). La física mecánica se convirtió así en metafísica mecanicista y la ley de la inercia, expresión de la finitud o límites del universo sujeto a la praxis humana, se transformó en principio último constitutivo de lo real, tanto cosmológico (teoría de los remolinos de Descartes, o teorías cosmológicas de Kant—Laplace), epistemológico (idea de Laplace según la cual basta conocer exhaustivamente el presente (?) para poder deducir el pasado y el futuro) y político — social (fundamentación ideológica del "ancien régime"). Hegel, por su parte, descubre el carácter universal del devenir y de que hacer ciencia no es más, en última instancia, que contar la historia del universo, es decir, que lo real es tiempo, sin por ello ver los condicionantes de dicho devenir. Su concepción se vuelve así cerrada, subjetivista, teologizante, a pesar de sus críticas válidas en uno u otro sentido a Fichte y a Schelling. Sólo la plena conciencia del ligamen del pensamiento a la praxis, especialmente al trabajo y su dependencia del mismo en la filosofía de Marx y Engels, permitirá a la dialéctica llegar a su madurez y verdadera valorización.

Con estos criterios, podemos comprender el alcance y las limitaciones del pensamiento dialéctico en los dos grandes momentos de la historia del pensamiento, la dialéctica griega y el gran pensamiento germánico del s. XIX. En cuanto al pensamiento griego, hay dos fases claramente delimitadas; en la primera que va de Heráclito a los últimos diálogos de Platón pasando por los sofistas, se establece el descubrimiento del método dialéctico, pero la mediación eleática impide su fecundidad universal reduciendo su ámbito — aunque con una creatividad genial — a lo puramente formal. En Platón, la filosofía griega termina por ser una filosofía del lenguaje en que la dialéctica se reduce a la fundamentación racional del diálogo. Más allá del discurso el movimiento no existe; Platón superó las aporías del pensamiento eleático, pero olvidó que la intuición heraclíteas era más rica que eso, pues su pensamiento partió de una reflexión no sobre el Cosmos sino sobre la Polis, concebida no como orden preestablecido, sino como desorden que históricamente se construye o convierte en orden. La gran tragedia griega será que llamarán "oscuro" a Heráclito, no porque lo sea sino porque ellos fueron incapaces de comprenderlo. La incapacidad del pensamiento griego de ser consecuente con Heráclito, es decir, de ser plenamente dialéctico, lo llevará en una actitud esquizofrenizante, a saltar en su última fase a un materialismo, válido en sí pero limitado, como lo fuera el pensamiento formal en el idealismo que lo precedió. Lo más fecundo del pensamiento griego posterior a Platón estará formulado en el pensamiento materialista, iniciado con las críticas de Aristóteles a su maestro. Leucipo y Demócrito, Epicuro y Lucrecio, formularán una concepción válida en sí pero que permanecerá en gran parte infecunda, debido a que olvidaron las aportaciones de la dialéctica incluido Platón, o no las captaron adecuadamente . . . El

pensamiento griego permanecerá irreductiblemente dualista, como clasista, es decir, dualista fue su cultura y su sociedad!

2. Principios dialécticos y principios formales

La crisis de la concepción griega o mediterránea se inicia en épocas modernas con el surgimiento de un nuevo modo de producción cualitativamente diferente, que engendra, por ende, una visión o imagen teórica del universo igualmente diferente. Serán los pensadores alemanes a partir de Leibniz — tomando al Cardenal de Cusa como remoto precursor — los que harán una tal revolución del pensamiento, dando como consecuencia el destronamiento de las matemáticas como reina de la ciencia y su sustitución por la física. La revolución industrial de finales del s. XVIII llevará al surgimiento en el s. XIX del proletariado como fuerza social constructora de la historia y así podrá darse una ciencia que llega a su mayoría de edad, pasando, al decir de Marx, la humanidad de la prehistoria, es decir, de modos de producción y organización social y política prerracionales o irracionales (cuya culminación moderna es la sociedad capitalista) hasta la construcción de una sociedad racional y humana, libre y científica, es decir, socialista. Así es como el pensamiento dialéctico llega a su plena madurez partiendo de sus precursores (Kant, Fichte, Hegel, Feuerbach) en la obra y el pensamiento de Marx, Engels, Lenin y Mao. Para efectos de su formulación formal y a guisa de conclusión de este brevísimo esbozo, podemos resumir los principios del pensamiento dialéctico de la siguiente forma:

- a. Ley de la contradicción, que establece que lo real no es simple sino complejo, de modo que todo método reduccionista — y el modelo de un método tal es Parménides — niega la verdad al parcializar la realidad. Igualmente dicha regla establece la finitud de nuestra relación con lo real, expresado en el papel de la negación y la conciencia de la nada. Filosofía de la finitud, la dialéctica establece el carácter aproximativo de todo modelo teórico, la necesidad de corrección de toda esquematización científica y la necesaria tensión mutuamente fecundante de teoría y práctica.
- b. Ley de los complementarios; en virtud de la cual las negaciones no son mutuamente excluyentes, sino complementarias, pues ambas expresan polos dinámicos cuya mutua negación implica su necesaria afirmación y viceversa. Tal complementariedad no es simple sino compleja, pues se da sea a un nivel vertical, sea a un nivel horizontal. Desde un punto de vista vertical, hablamos de procesos o momentos históricos cuya superación exige su realización a nivel global. La superación dialéctica no es destrucción pura y simple de las etapas anteriores sino su realización en una síntesis superior. Esto es válido tanto de las teorías científicas, como de las estructuras socio—políticas. A nivel horizontal, dicha complementariedad se constata en los fenómenos naturales (fuerzas y partículas electro—magnéticas) como sociales (ley de la división del trabajo, o especialización que también se da en los órganos biológicos). Es de notar que la dialéctica se da entre los principios mismos que la explicitan, pues entre la contradicción y la complementariedad se da igualmente una tensión dialéctica.

- c. Ley de la cualidad. Los dos principios anteriores, vistos ya por Heráclito, nos descubren un universo dinámico y no estático. Se funda, pues, el devenir como principio constitutivo de lo real. Sin embargo, no se establece la racionalidad intrínseca del devenir. Abandonado a sí mismo, el cambio por el cambio es tan irracional como la concepción estática. Las cosas no cambian porque cambian. El cambio expresa una lógica intrínseca de lo real, que da sentido a la dinamicidad del mismo mediante el surgimiento de propiedades cualitativamente nuevas, llamadas "saltos cualitativos". Estos se expresan en virtud del principio enunciado por Hegel, según el cual todo cambio cuantitativo en un momento dado deja de ser simple yuxtaposición de cantidades para convertirse en el surgimiento de una calidad o propiedad que anteriormente no se daba ni se podía deducir de los elementos anteriores, individualmente tomados, o abstracta y aritméticamente sumados. Las ciencias químicas y biológicas han probado tal ley a nivel natural y la crítica de J. J. Rousseau en el *Contrato Social* a la concepción liberal burguesa de la sociedad política afirmando la conocida distinción entre "volonté générale" y "volonté de tous" prueba el principio enunciado en lo que a los fenómenos sociales y humanos en general se refiere. La calidad expresa la superación de lo puramente cuantitativo y establece la posibilidad incesante de superación del hombre, tanto a nivel de la praxis socio-política como científica y tecnológica. Con estos tres principios podemos comprender lo real como tiempo, es decir, como historia, al hombre como libertad o, más exactamente, como proceso histórico de liberación, y a la persona misma como libertad y creatividad. La superación de la idea de destino fatalista y su sustitución por lo que Sartre llamaría una concepción adulta o madura de la libertad, como asunción dialéctica y racional de la necesidad. De esta manera, el fatalismo entrópico de la concepción burguesa que asume el mal y la finitud como destino ciego, se ven superados por una concepción de la finitud como condición del futuro del hombre. La estructuración de la calidad en unidades o módulos cada vez más complejos al mismo tiempo que universales libera al hombre del determinismo ciego de la cantidad sin por ello negarla. Un hombre cualitativamente diferente para un mundo cualitativamente superior: ¡he aquí el sentido último del pensamiento dialéctico!